EL ESPÍRITU SANTO Y LA DIVINIZACIÓN DEL CRISTIANO SEGÚN SAN BASILIO

JOSÉ MARÍA YANGUAS

En el lejano 1860, el gran teólogo alemán M. J. Scheeben publicaba un artículo relativamente breve[1] en el que se lamentaba de que en la Teología Moral de la época apenas se podía encontrar algo que no pudiera hallarse por igual en una buena filosofía moral. La elaboración de una Teología Moral de corte racionalista había llevado consigo el progresivo abandono de la dogmática, de la Revelación positiva y de los misterios de la fe cristiana. Según él, en cambio, la Moral cristiana debía ser vista como la doctrina que tiene como objeto la vida que corresponde a la elevación del hombre a la dignidad grandiosa y misteriosa de hijo de Dios y hermano de Cristo, la vida de quien es regenerado en el Espíritu Santo y se mueve, por tanto, en el marco de una vida mística. De una exposición así de la moral cristiana se podrían esperar, pensaba, los mejores frutos.

Sorprende gratamente la substancial coincidencia de las reflexiones de Scheeben con cuanto, exactamente un siglo más tarde, propondrá el Concilio Vaticano II en el Decreto *Optatam totius* sobre la formación de los sacerdotes, cuando se ocupe de la revisión de los estudios eclesiásticos, en concreto de los relativos a la Teología Moral (n. 16). Como es sobradamente conocido, el Concilio da algunas indicaciones precisas en este punto: la exposición científica de esta disciplina, con una mayor fundamentación en la Sagrada Escritura, debe *ilustrar la alteza de la vocación de los fieles en Cristo*, así como su obligación de dar frutos en la caridad para la vida del mundo. Es pues tarea ineludible de toda Teología Moral que quiera ser verdaderamente conciliar, es decir, realizada según los deseos del Concilio Vaticano II, presentar con mayor claridad y hondura a todo el pueblo cristiano la grandeza de su vocación.

1. Cfr. *Katholik* (1860), pp. 657-674.

En la moral cristiana, en cuanto praxis y en cuanto reflexión sobre la misma, la acción de Dios es absolutamente primera y fundante. Como afirma con singular acierto G. Philips, porque «el bautizado es santo, por eso justamente debe actuar santamente. Debemos vivir según virtud no para ser santos, sino porque lo somos»[2]. El Concilio Vaticano II —como demuestra un buen conocedor del mismo—, ha puesto de relieve el papel fundamental que el Espíritu Santo desempeña con sus inspiraciones, acción y carismas, en la vida cristiana[3]. Se trata de una idea que no es nueva, pues cuenta con una larga tradición en la Teología. Una de sus expresiones más constantes la encontramos en la doctrina sobre la divinización del cristiano como fruto de la acción del Espíritu Santo.

Mi contribución en este Cuaderno dedicado al tema del Espíritu Santo en la vida cristiana se centrará en la presentación que de dicha doctrina hace San Basilio de Cesarea, primer tratadista sistemático, como se le puede calificar, de la doctrina católica sobre el Espíritu Santo. Tras la presentación de un breve perfil de la doctrina pneumatológica de San Basilio (I), que servirá para situar nuestro tema, estudiaremos brevemente a continuación los atributos entitativos de la tercera Persona de la Ssma. Trinidad que «fundamentan», por así decir, su acción en las almas (II), para ocuparnos, en fin, de su dotrina sobre el Espíritu Santo en cuanto autor de la divinización del cristiano (III).

I. Breve perfil de la doctrina pneumatológica de San Basilio

Podemos articular en los siguientes puntos los principales aspectos de la doctrina pneumatológica basiliana:

a) el Espíritu santo no pertenece al orden de las criaturas, no tiene una «naturaleza servil» como si se tratara de uno más de los seres creados; si lo fuera, tendrían razón quienes separan al Espíritu Santo del Padre y del Hijo y afirman que el Espíritu Santo no puede ser alabado «con» el Padre y el Hijo. Basilio no dudará en declarar anatema a quien rebaje al Espíritu Santo al orden de las criaturas o al rango de los espíritus servidores[4].

2. G. Philips, *L'Eglise et son mystère au deuxième Concile Vatican. Histoire, text et commentaire de la constitution Lumen Gentium,* t. II, Paris 1968, pp. 74-75.

3. Ph. Delhaye, *L'Esprit-Saint et la vie morale du chrétien,* en Ephemerides Theologicae Lovanienses (1969), pp. 432-443,

4. Cfr. *Epistola* 125, 3; PG 32, 549 C; *De Spiritu Sancto* IX, 25; SC 17, p. 150; PG 32, 112 C-D; XXIV, 55; PG 172 A; XXVIII, 70; PG 197 D; *Homilia* X, 5; PG 31, 612 A.

b) El Espíritu santo no procede de una substancia anterior, común a las tres divinas Personas; pero tampoco procede de la nada; procede del Padre, pero de un modo tan radicalmente diverso del de las criaturas que precisamente ese modo de proceder testimonia su divinidad. Sólo el Hijo y el Espíritu Santo «proceden» del Padre en el sentido más auténtico y pleno del término, aunque cada una de ellos lo haga de distinto modo[5]. Una tal procedencia no compromete la eternidad del Espíritu Santo; también de Él dice Basilio que «existía, preexistía y estaba en compañia del Padre antes de todos los siglos»; comparte con el Padre y el Hijo la noción de eternidad; coexiste con ellos en eterno consorcio[6].

c) Posee la «santidad por naturaleza», no por participación como los ángeles. Por tener la santidad por naturaleza y ser fuente de santidad, por poseerla en modo pleno y coesencial con el Padre y el Hijo, el Espíritu Santo no es capaz del mal, no tiene una voluntad débil, mudable y tornadiza[7].

d) Para Basilio la afirmación de que el Espíritu Santo posee «la misma dignidad» que el Padre y el Hijo equivale a sostener la consustancialidad de las divinas Personas. Quienes combatían la recta doctrina sobre el Espíritu Santo se negaban a aceptar que Éste poseyese igual dignidad, honor y gloria que el Padre y el Hijo; lo hacían por el único motivo de considerarlo erróneamente «de distinta naturaleza» que el Padre y el Hijo. Si Basilio insiste, por el contrario, en que el Espíritu Santo debe ser adorado y glorificado «con» las otras dos Personas («coadorado» y «coglorificado»), es porque cree que es Dios como ellos por ser consustancial con ambos: «La dignidad, afirma con determinación Basilio, sigue a la esencia y la operación es análoga a la dignidad»[8]. El Espíritu Santo está unido al Padre y al Hijo en la «naturaleza», la «gloria» y el «honor»[9]. Se descubre en estas palabras la misma estructura argumentativa utilizada por Basilio cuando, al propugnar la consustancialidad del Padre y del Hijo, sostenía que el Hijo no se diferencia en absoluto del Padre en cuanto a la esencia, el poder o la operación[10].

---

5. Cfr. *Adversus Eunomium* I, 19; PG 29, 556 A; *Homilia* XXIV, 4; PG 31, 605 B; XXIV, 7; PG 31, 616 B, C.
6. Cfr. *Epistola* 8, 2; PG 32, 248 B; 105; PG 32, 513 B; 189, 5; PG 32, 690 B; *De Spiritu Sancto* XIX, 49; SC 17, p. 200; PG 32, 156 D; XXVI, 63; SC 17, p. 229; PG 32, 690 B.
7. Cfr. *Epistola* 8, 10; PG 32, 159 C; PG 32, 261 B; *Homilia* XV, 3; PG 31, 468 C; *Adversus Eunomium* III, 3; PG 29, 660 BCD; *De Spiritu Sancto* XIX, 48; SC 17, pp. 199-200; PG 32, 156 B.
8. Cfr. *Adversus Eunomium* II, 31; PG 29, 645 B.
9. Cfr. *De Spiritu Sancto* VI, 15; SC 17, p. 131; PG 32, 92 CD.
10. Cfr. *Ibidem* VIII, 19; SC 17, p. 141; PG 32, 104 A-B.

e) En el camino seguido para demostrar la consustancialidad e igual dignidad de las tres divinas Personas, Basilio se preocupará de hacer ver que los atributos y nombres que se dan al Espíritu Santo y a las otras Personas son comunes. A partir de la constatación de las operaciones que realiza la tercera Persona se puede pues inducir su naturaleza. En este contexto es donde se sitúa su doctrina sobre la divinización que el Espíritu Santo cumple en el cristiano.

II. El Espíritu Santo es «fuente de vida» y «santo» «según su esencia»

El Espíritu Santo, afirmará San Basilio repetidamente, está unido al Padre y al Hijo «en todas las cosas»; coexiste en un consorcio eterno con la primera y segunda Personas divinas.

a) El Espíritu Santo es «fuente de vida» (πηγὴ τῆς ζωῆς) y posee la vida «por esencia» (κατὰ τὴν φύσιν).

Desde el primer momento Basilio afirma claramente que el Espíritu santo posee, esencialmente, coesencialmente y según la naturaleza, la vida [11]. Es «substancia viviente» (οὐσία σῶσα), una substancia a la que compete por su misma esencia vivir; es decir, no sólo tiene vida, sino que Él mismo «es» vida y, por eso es también «señor de vida» (Κύριον τῆς ζωῆς) causa de vida (αἰτία της ζωῆς) «espíritu de vida» (Πνεῦμα τῆς ζωῆς) [12].

b) El atributo «santo» es tan propio y característico de la tercera Persona que esa denominación sirve para diferenciarlo de cualquier otro espíritu, de manera que se convierte como en su nombre propio:

> «Espíritu Santo, he aquí la denominación más propia y particular; es la que, mejor que ninguna otra, indica un ser incorporal, puramente inmaterial y sin partes» [13].

El Espíritu, aquél justamente que es Santo (τὸ Πνεῦμα τὸ ἅγιον), dirá reiteradamente Basilio, uniendo el atributo al nombre tan estrechamente que aquél pasa a formar parte de éste. También por lo que respecta a la santidad, el Espíritu se dice «substancia viviente, señora de santidad» (ἁγιασμοῦ κυρία),

11. Cfr. *Homilia* XV, 3; PG 31, 468 CD.
12. Cfr. *De Spiritu Sancto* IX, 22; SC 17, p. 146; PG 32, 149 B; XXVIII, 69; SC 17, p. 242; PG 32, 196 D.
13. Cfr. *Ibidem* IX, 22; SC 17, p. 145; PG 32, 108 A.

«fuente de santificación» (πηγὴ της ἁγιότητος) [14], fuente abundantísima, en grado tal que:

> «El Espíritu posee la santidad hasta el punto de rebosar su naturaleza» [15].

Esa santidad que el Espíritu posee por naturaleza (κατὰ τὴν φύσιν) y con tal abundancia que colma, por así decir, su ser, se desborda a las criaturas. Poseer la santidad por naturaleza, una santidad «física» (φύσει, κατὰ τὴν φύσιν), como también la expresión precedente que lo veía como poseyendo la vida «por naturaleza» (φύσει), sirve a Basilio para diferenciar y contraponer el Espíritu a las demás criaturas, las cuales tienen una santidad recibida, participada, es decir, no connatural: son santas por la comunión que tienen con el que es santo por naturaleza, y por tener una santidad participada pueden, de una parte, crecer en santidad y, de otra, son capaces del mal en virtud de su voluble naturaleza:

> «Ya te refieras a los ángeles o a los arcángeles o a todas las potestades celestiales, todos reciben la santidad por el Espíritu. Éste, en cambio, tiene la santidad por naturaleza, no por gracia; está en Él de manera coesencial» [16].

El Espíritu tiene la misma santidad que el Padre y el Hijo, pues una y la misma es la santidad en las tres divinas Personas. El Padre la posee como fuente última, como principio (ἀρχή), y desde Él se difunde hasta el Espíritu Santo a través del Hijo [17]. Pero la santidad es inseparable del Espíritu Santo, como afirma Basilio con una bella fórmula:

> «Como el dar calor es algo inseparable (ἀχώριστον) del fuego y de la luz lo es la iluminación, así también el santificar y dar vida (ἁγιάζειν, ζωοποιεῖν), la bondad y la rectitud son inseparables del Espíritu» [18].

El hecho de que los mismos atributos entitativos, «comunión de los nombres» (κοινωνία τῶν ὀνομάτων), se digan de cada una de las Personas de la Trinidad pone de manifiesto, según Basilio, la comunidad de naturaleza, la

14. Cfr. *Ibidem* XVIII, 46; SC 17, p. 195; PG 32, 152 A; IX, 22; SC 17, p. 146; PG 32, 108 C; *Epistola* 105, PG 32; 513 B.
15. *De Spiritu Sancto* XIX, 48; SC 17, p. 199; PG 32, 156 B.
16. *Epistola* 159; PG 32, 621 B.
17. Cfr. *De Spiritu Sancto* XVIII, 47; SC 17, p. 198; PG 32, 153 B.
18. *Homilia* XV, 3; PG 31, 469 A.

«intimidad en cuanto a la naturaleza» (οἰκείωσις κατὰ τὴν φύσιν) intimidad natural que el Espíritu Santo tiene con el Padre y el Hijo[19], y su radical diferencia respecto a cualquier creatura.

III. El Espíritu Santo y la divinización del cristiano

a) *La común actividad de las tres divinas Personas*

Con esa misma intención hace Basilio el análisis de los atributos operativos propios del Espíritu Santo; lo que pretende, en efecto, es mostrar su comunión, «energética» en este caso, con el Padre y el Hijo. También en cuanto a la actividad (κατὰ τὴν ἐνέργειαν) es inseparable de las otras dos divinas Personas[20]; lo es en todo clase de actividad (κατὰ πᾶσαν ἐνέργειαν)[21], en la concesión de todo tipo de bienes, carismas y ministerios. Y lo es ya desde el principio:

> «Puedes aprender la comunión del Espíritu Santo con el Padre y el Hijo por las obras que tuvieron lugar al principio»[22],

en el acto creador de las jerarquías celestes, donde Padre, Hijo y Espíritu Santo intervienen conjuntamente pero, a la vez, de manera apropiada a su ser personal, como señala con precisión San Basilio: el Padre como «causa principal» (αἰτία προκαταρτική) el Hijo como «causa demiúrgica» (αἰτία δημιουργική) y el Espíritu Santo como «causa perfeccionadora» (αἰτία τελειοτική), radicando, asentando, consolidando establemente en la santidad a las criaturas celestiales[23].

Actividad común de las tres divinas Personas en la creación y también en toda la historia de la salvación; las diversas fases de esta historia ven como protagonista la tercera Persona de la Trinidad; primero en el Antiguo Testamento:

> «Las bendiciones de los Patriarcas, la ayuda que presta la Ley, la tipología, las profecías, los milagros realizados por los justos, las esforzadas acciones de guerra, las disposiciones relativas a la venida del Señor: todo se realiza por medio del Espíritu»[24].

19. Cfr. *Adversus Eunomium* III, 3; PG 29, 661 A.
20. *De Spiritu Sancto* XVI, 37; SC 17, p. 174; PG 32, 133 B.
21. *Ibidem.*
22. *Ibidem* XVI, 38; SC 17, p. 174; PG 32, 136 A.
23. Cfr. *Ibidem* XVI, 38; SC 17, p. 175; PG 32, 136 B.
24. *Ibidem* XVI, 39; SC 17, p. 180; PG 32, 140 B.

Después, en la historia de Jesús, donde el Espíritu Santo aparece estrechamente unido a Él: en la Encarnación que se obra en virtud de su poder; en el momento de la unción de Jesús, cuando tiene lugar la primera teofanía; cuando es tentado por el diablo; en ocasión de la realización de los milagros de curaciones o de la expulsión de los demonios; cuando perdona los pecados; después, incluso, de la resurrección de entre los muertos.

El Espíritu Santo, en fin, actúa en la vida de la Iglesia, ordenándola, estructurándola, repartiendo y distribuyendo en ella los dones necesarios para que pueda cumplir su misión. Su acción durará hasta el final de los tiempos[25].

b) *Espíritu Santo «dador de vida»*

El Espíritu Santo es Espíritu que da la vida (Πνεῦμα ζωοποιοῦν). Se trata de una actividad que le pertenece también esencialmente. De la misma manera que son inseparables el fuego y su función de dar calor o la luz y su actividad de iluminación (ὥσπερ ἀχώριστον τῷ πυρὶ τὸ θερμαίνειν, καὶ τῷ φωτὶ τὸ λάμπειν)[26], así es imposible, sostiene Basilio, separar del Espíritu Santo su «función» vivificadora.

Esa actividad vivificadora del Espíritu Santo, que no es una invención humana sino algo de lo que el mismo Señor da testimonio, es un argumento que demuestra su divinidad o, para decirlo con palabras de la célebre «economía»[27] de San Basilio, su «intimidad esencial con Dios»:

> «Quien no posee la intimidad esencial (οἰκείωσις κατὰ τὴν φύσιν) con Dios y no está lejos de la dignidad propia de las criaturas, no puede

25. *Ibidem;* SC 17, p. 181; 141 A.
26. *Adversus Eunomium* III, 6; PG 29, 688 C.
27. Se denomina con este término el modo de proceder de Basilio, observado cuidadosamente, que le lleva a evitar afirmaciones demasiado rotundas que choquen frontalmente con la doctrina de sus adversarios, con el fin de evitar inútiles disputas centradas más en las palabras que en la realidad significada por ellas. El santo Doctor nos lleva «con sus argumentos hasta las puertas de la afirmación decisiva, pero dejándonos a nosotros que la formulemos arrastrados por el poderío de su lógica», José María YANGUAS, *Pneumatología de San Basilio*, EUNSA, Pamplona 1983, p. 118. Así, comenta J.M. HORNUS, «el elemento fundamental de la economía de Basilio al momento de la redacción de nuestro tratado (sobre el Espíritu Santo) consiste en insistir sobre el hecho de que el Espíritu no puede ser colocado entre las criaturas; la premisa menor, más o menos explicita, es que la realidad está dividida en dos y sólo dos modos de ser: de una parte Dios, de la otra sus obras, con la conclusión no formulada de que el Espíritu, no siendo una criatura, es por tanto Dios», *La divinité du Saint Esprit selon Basile*, en VC 23 (1969) p. 39.

convertir en libre a uno que es esclavo, ni hacer que se llame hijo de Dios o hacerlo vivir estando muerto»[28].

Este poder de dar la vida lo posee el Espíritu Santo en común con el Padre y el Hijo[29], hecho que resulta todavía más patente si se tiene en cuenta que Basilio utiliza el mismo verbo (ζωοποιεῖν) para referirse al poder vivificador del Padre y del Espíritu Santo. Idéntico poder de dar vida, pero observando siempre «el orden que no es lícito alterar», pues el Padre es fuente última de todo, tanto de la vida como del poder de darla:

«La vida nos es distribuida por el Hijo, en el Espíritu Santo, teniendo al Padre como origen último»[30].

c) *Espíritu «santificador»*

Para Basilio la santificación es también una actividad inseparable del Espíritu Santo, indicando de ese modo que se trata de una función que le compete de manera especial. La santidad es algo tan característico de la tercera Persona de la Santísima Trinidad que la denominación «Santo» viene a ser como su nombre propio; acompaña siempre y califica al sustantivo Espíritu. Posee con tal plenitud la santidad, es de tal modo santo, que su santidad se desborda hasta las criaturas que la reciben en mayor o menor medida. Él tiene la santidad por naturaleza, como también el Padre y el Hijo, mientras que las demás criaturas capaces de santidad la poseen de manera participada y limitadamente[31]; como recordábamos más arriba:

«Éste (el Espíritu), en cambio, tiene la santidad por naturaleza, no recibida por gracia, sino presente en Él de manera coesencial»[32].

Por eso puede el Espíritu Santo ser «dador de vida»: todos los seres necesitados de santidad se dirigen a Él, y quienes viven virtuosamente lo desean y reciben su ayuda para alcanzar la perfección, el fin que les es propio[33]. Así el

28. *Ibidem* XIII, 29; SC 17, p. 159; PG 32, 120 A.
29. *Adversus Eunomium* III, 4; PG 29, 664 C-665 A.
30. *Adversus Eunomium* III, 4; PG 29, 664 C.
31. Cfr. *Epistola* 8, 10; PG 32, 261 C; *De Spiritu Sancto* XIX, 48; SC 17, p. 156; PG 32, 156 B; *ibidem* XVIII, 47; SC 17, p. 198; PG 32, 153 B.
32. *Epistola* 159; PG 32, 621 B.
33. Cfr. *De Spiritu Sancto* IX, 22; SC 17, p. 145; PG 32, 108 B; *Epistola* 105; PG 32, 513 AB.

Espíritu Santo es, según Basilio, «perfeccionador» y «perfección» de todos los seres, mientras que Él no necesita de perfección ni carece de nada (τελειωτικόν τῶν ἁλλων, αὐτὸ δὲ οὐδαμοῦ ἐλλεῖπον)[34].

Y a la vez que «causa perfeccionante», el Espíritu Santo consolida, asegura las criaturas en la santidad, las asienta sólidamente en el bien, dotándolas de una cierta inmutabilidad que no poseen por naturaleza, sino sólo como don. Esta firmeza en el bien es, de alguna manera, la perfección de toda perfección[35].

Aquí hay que situar el pensamiento de Basilio cuando presenta audazmente al Espíritu Santo como «forma»[36] en la santificación del cristiano, sin que por ello ciertamente sea necesario entenderlo como causa formal en sentido estricto[37]. Muy probablemente con esa expresión se quiere poner de relieve que la criatura es y se mantiene como realidad imperfecta, en potencia, mientras no recibe la perfección del Espíritu, el cual se comporta así *como* causa formal. Del mismo modo que la forma acaba y perfecciona los seres que se encuentran en potencia de algo, así el Espíritu Santificador perfeccionaría los seres necesitados de santidad.

Como no lo estaba en las otras aciones, tampoco en la santificadora se encuentra sola la tercera Persona. La acompañan inseparablemente el Padre y el Hijo:

> «Cuando somos santificados por el Espíritu recibimos también a Cristo que habita en nostros, y con Cristo recibimos al Padre que hace común mansión en nosotros»[38].

d) *El Espíritu Santo diviniza a los hombres*

La vida nueva que inicia con el Bautismo tiende toda ella a una progresiva semejanza con Dios: a ello estamos llamados, ese es el objetivo, la meta de nuestra vocación; en efecto:

---

34. Cfr. *De Spiritu Sancto* IX, 22; SC 17, p. 146; PG 32, 1083.
35. Cfr. *Ibidem;* SC 17, p. 177; PG 136 C; XIX, 48; SC 17, p. 201; PG 32, 157 A; IX, 23; SC 17, p. 148; PG 32, 109 C.
36. Cfr. *De Spiritu Sancto* XXVI, 61; SC 17, p. 226; PG 32, 180 C.
37. «La expresión, comenta B. PRUCHE, se explica suficientemente por referencia a un tema caro al obispo de Cesarea, según el cual el Espíritu tiene razón de forma en cuanto que deifica a la criatura racional, haciéndola, mediante una participación creada de su propia luz (el Espíritu como luz inteligible de que habla en el capítulo IX), espiritual, "pneumática", como Él», *Sur le Saint Esprit*, Introduction, texte, traduction et notes, 2ª ed., SC 17 bis (Paris 1968) 466, nota 2.
38. *Homilia* XXIV, 5; PG 31, 609 CD.

> «Se nos propone asemejarnos a Dios (ὁμοιωθῆναι θεῷ) tanto como sea posible a nuestra naturaleza humana» [39].

La divinización, es el fin y el culmen de la vida cristiana, «el colmo de todos los deseos» [40], como dirá Basilio. Esta meta última la designa de modos diversos, con distintas fórmulas y variados acentos. Hablará así, como acabamos de ver, de semejanza con Dios (ὁμοιοῦσθαι Θεῷ), de filiación (υἱοθεσία), de ingreso en la intimidad divina, en la casa o familia de Dios (οἰκείωσις), de la acción por la que los hombres son hechos espirituales (πνευματικός) y libres (ἐλεύθερος), de la configuración con la imagen del Hijo (σύμμορφος τῆς εἰκόνος τοῦ Υἱοῦ).

El Espíritu divino es quien causa en nosotros esa semejanza divina (ἡ πρὸς Θεὸν ὁμοίωσις), siendo éste el fruto más precioso y la acción más extraordinaria que cumple en nosotros. Una semejanza que el «Espíritu de la verdad», el «Espíritu del conocimiento» hace realidad precisamente mediante el conocimiento [41].

La intimidad (οἰκείωσις) con Dios, gozar de la divina «familiaridad», entrar de algún modo en esa divina familia, penetrar en el misterio de Dios (¡participar de su naturaleza!), acceder a la «intimidad» que el Espíritu Santo tiene con el Padre y el Hijo constituye en verdad el objetivo de la eterna y divina providencia:

> «La economía del Dios y salvador nuestro para con los hombres consiste en la llamada del exilio y la vuelta a la intimidad con Dios (ἐπάνοδος εἰς οἰκείωσιν Θεοῦ) saliendo del alejamiento que produjo la desobediencia» [42].

Dicha intimidad es fruto de la acción del Espíritu, se realiza por su medio (διὰ τοῦ Πνεύματος) [43] porque sólo quien tiene la intimidad con Dios por naturaleza puede adentrar en la misma a los hombres y hacerlos hijos de Dios [44].

También la filiación divina, como la intimidad con Dios, se logra, según Basilio, mediante el conocimiento, conocimiento que adquirimos o, mejor, se

39. *De Spiritu Sancto* IX, 23; SC 17, p. 148; PG 32, 109 C.
40. *Ibidem.*
41. Cfr. *Ibidem* I, 1; SC 17, p. 107; PG 32, 69 B.
42. *Ibidem* XV, 35; SC 17, p. 168; PG 32, 128 C.
43. *Ibidem* XIX, 9; SC 17, p. 201; PG 32, 157 B.
44. *Ibidem* XIII, 29; SC 17, p. 159; PG 32, 117 D; *Homilia* XXIV, 6; PG 31, 612 C.

nos da en el Bautismo[45]. Gracias al Espíritu Santo, «Espíritu de adopción» (Πνεῦμα της υἱοθεσίας) llegamos a ser hijos de Dios; gracias a Él ganamos la confianza necesaria para llamar a Dios Padre[46].

Filiación e intimidad con Dios parecen el resultado de una previa intimidad con el Espíritu Santo que da como fruto hacernos gozar de la condición de hombres «espirituales» mediante la exclusión de las pasiones:

> «La intimidad del Espíritu con el alma (οἰκείωις δὲ Πνεύματος πρὸς Ψυχήν) no se obtiene mediante una aproximación local —¿cómo podríamos acercarnos corporalmente a los que es Incorporal?—, sino que se consigue con la exclusión de las pasiones que, como consecuencia de su amor por la carne, enajenan el alma de la intimidad con Dios»[47].

Entrar en intimidad con el Espíritu exige que nos purifiquemos de la mancha contraída por el pecado, volviendo así a gozar de la belleza «natural» y restituyendo a la imagen «real» su antigua forma. Este hombre «espiritual», el hombre que ya no vive según la carne, sino que es guiado por el Espíritu, es llamado hijo de Dios, es conformado a la imagen del Hijo[48].

La divinización del cristiano, su nueva condición de hijo de Dios, la purificación mediante el Espíritu nos hace verdaderamente libres. Él es realmente Espíritu de libertad, «Espíritu de vida que nos libera de la ley del pecado»[49].

La perfección, en fin, de la vida cristiana no se obtiene sino cuando somos hechos conformes a la imagen del Hijo (σύμμορφος τῆς εἰκόνος τοῦ Υἱοῦ), como afirma Basilio con bellísima expresión; cuando lo imitamos en su Pasión y Muerte mediante el Bautismo. Es esta imitación la que nos hace recobrar la antigua filiación adoptiva.

José María Yanguas
ROMA

45. *Ibidem* X, 23; SC 17, p. 152; PG 32, 113 B.
46. *Ibidem* XV, 36; SC 17, pp. 171-172; PG 32, 132 B.
47. *De Spiritu Sancto* IX, 23; SC 17, p. 147; PG 32, 109 A.
48. *Ibidem* XXVI, 61; SC 17, p. 226; PG 32, 180 C.
49. *Ibidem* XXVIII, 69; SC 17, p. 242; PG 32, 196 D.